



LAS ESTACIONES LENTAS

BASILIO SÁNCHEZ

Cada uno de nosotros lleva consigo a alguien.
 El que viene conmigo es el que, a veces,
 se detiene cegado
 bajo la luz de las farolas,
 el que el amanecer
 sorprenderá dormido en un banco del parque.
 El ángel de las alas convertidas en manos,
 el que deshace ahora
 las concreciones amarillas de la mañana
 de la misma manera que se funden
 las tardes de la infancia en los rescoldos
 de nuestros pensamientos.
 En la casa de arena en la que vivo
 como si fuera el mundo, el que me ofrece
 el agua de los pozos cuando vuelvo cansado de las dunas
 por las escaleras de la buhardilla;
 el mismo de los días que se espesan
 frente a los arrabales de la noche,
 alrededor del humo de los embarcaderos.

Como pasan las nubes
 sobre la superficie de las cosas
 sin llegar a tocarlas,
 el doble silencioso que conduce
 los rebaños de Dios en las provincias
 situadas más allá de la nieve;
 el otro necesario que levanta una hoguera
 sobre la madera de los espinos
 y sobre la corteza de las empalizadas;
 el sigiloso hombre de los pájaros
 tristes de los garajes.
 El que lleva las gotas de rocío hasta la herrumbre
 de la flor de la verja
 de tu jardín cerrado, el niño que me habla
 de tus noches tranquilas
 y de tus mañanas tumultuosas.
 El que late debajo de la lluvia
 como un cárabo gris
 en el primer invierno de mi decrepitud.
 El que luego me llama por mi nombre
 en la antesala oscura
 del día de los muertos.